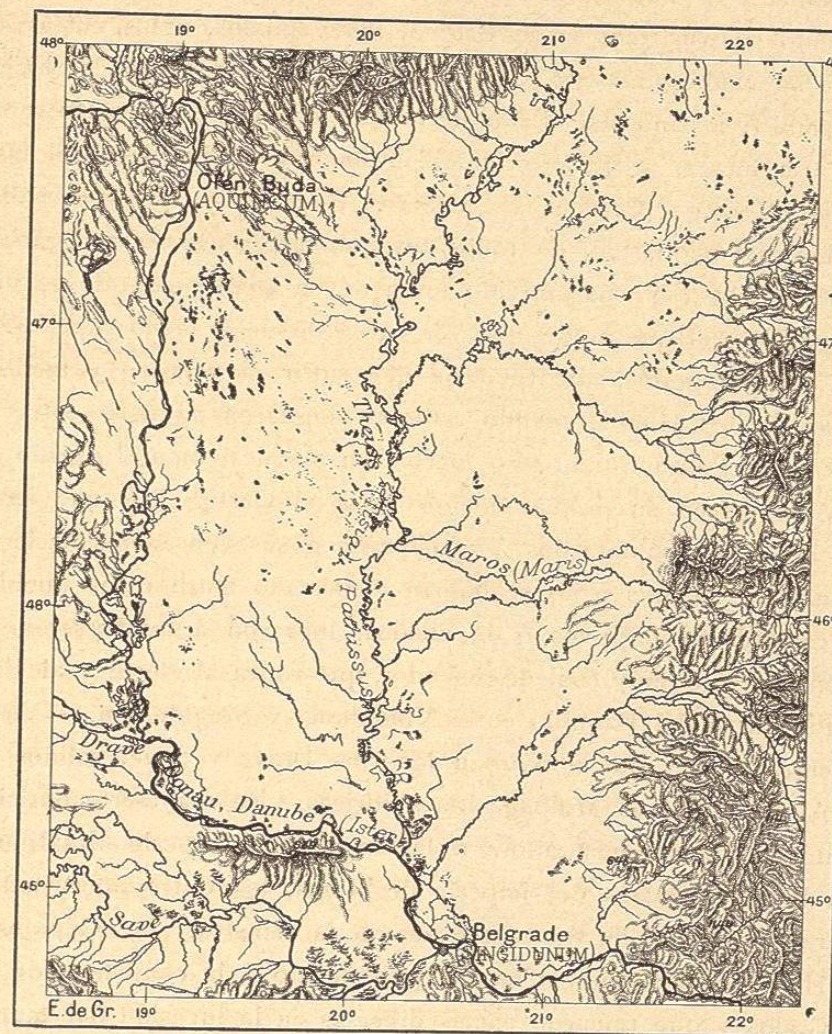


murió poco después, dejando en todo el mundo romano la fama de haber sido el más atroz entre todos los terribles destructores de hombres que entonces se disputaban el territorio de Europa. Tal vez la preeminencia en el crimen fué atribuída al «Azote de Dios» á la circunstancia de no haber aceptado la fe cristiana, como la mayor parte de los otros asaltantes del Imperio; el hecho es que entre los suyos se formó una leyenda completamente diferente. Los Magyares de Hungría, que todavía se llaman sus hijos, alaban su amor á la justicia y hasta su bondad; pero fuera de Hungría, la memoria de los Hunos queda asociada en la imaginación de los pueblos de la Europa central á la idea de exterminio y de muerte. Todos los montículos funerarios que todavía se encuentran en Alemania y que fueron tan numerosos antes que el arado los nivelara con el suelo, se designan uniformemente bajo el nombre de *Hunengräber*, Tumbas de los Hunos.

Al día siguiente de la gran batalla que no dejaba ya á las hordas de Asia más que un estrecho territorio de conquistas, todos los pueblos guerreros de Europa, pasando sobre las desgraciadas plebes agrícolas, se desplazaban en la dirección del Oeste y del Mediodía. Un solo pueblo, el de los Vándalos, habiendo ya terminado su movimiento de traslación hacia la extremidad del continente de Europa, refluía hacia el Este sobre el litoral mediterráneo. Los Vándalos, pueblo de lengua germánica, que durante el período de equilibrio anterior á la decadencia de Roma había vivido sobre las orillas del Báltico, al norte del Warthe, se habían encontrado en primera fila cuando la emigración de los pueblos. Vanguardia de los Godos con quienes los Vándalos se habían confederado, una de sus bandas invadió la Galia antes del fin del siglo III, pero batida por Probo, fué deportada á la isla de Bretaña. Otros Vándalos tomaron también parte en las invasiones directas de Italia; después, al principio del siglo V, la gran masa de la nación, pasando el Rhin, se puso en camino, y siguiendo la vía natural que por el Loira medio y el Charente rodea las altas tierras centrales de Francia, no se detuvo hasta España. Llegados á la península Ibérica, los Vándalos pronto tuvieron que luchar contra los conquistadores rivales, los Visigodos, y se hallaron en muy escaso número para disputar el terreno á tan

poderosos vecinos, á pesar de su alianza con otros pueblos emigrantes, Alanos, Suevos ó «Soñolientos». Estos se fijaron en las pro-

N.º 267. El Alfeld, reposo de los Normandos.



1: 3 000 000

0 50 100 150 Kil.

La mitad occidental de Budapest es muy anterior á la edificada sobre la orilla izquierda. La fundación de Pest data del siglo XIII.

Según A. Lefèvre, el campo de Atila estaba establecido en Jasz Bereny, precisamente al oriente de Buda, sobre un pequeño afluente del Theiss ó Tisza.

vincias convertidas en Portugal y Galicia y allí se conservaron; aquéllos, permaneciendo durante cierto tiempo en Andalucía, se unie-

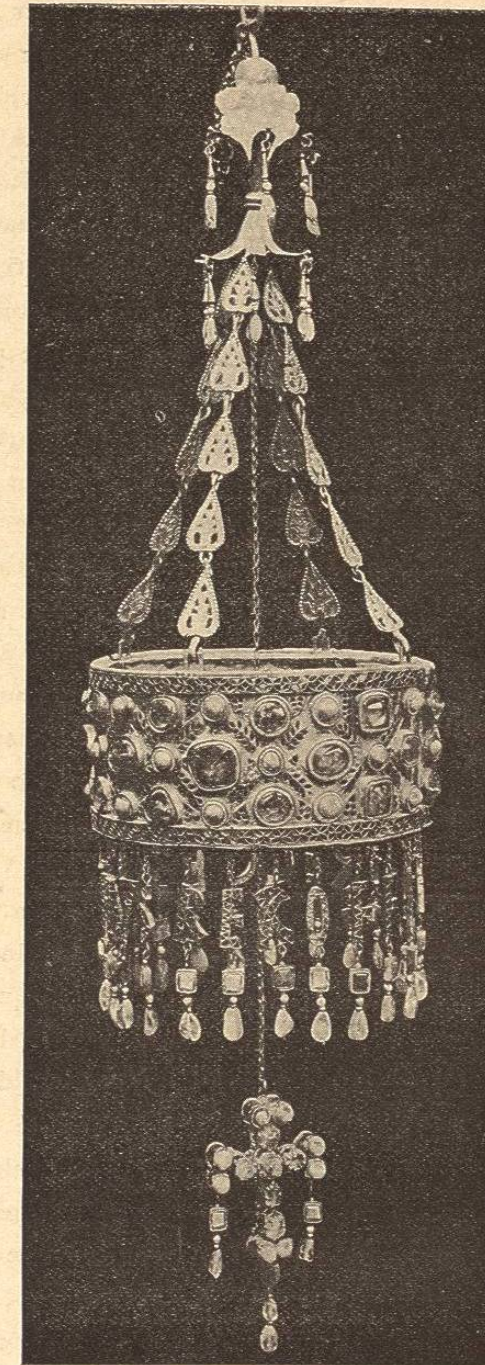


ron de nuevo á los Vándalos cuando, bajo la presión de los Visigodos y ayudados por la disensión de los generales romanos, pasaron al Africa. En diez años, de 429 á 439, terminaron la conquista de la Mauritania y de nuevo una Cartago enemiga se levantó ante Roma. Habiendo sido marinos en el Báltico, los Vándalos, á los cuales se habían mezclado gentes de toda raza y de todos los oficios, se hicieron también marinos en el Mediterráneo, y, como sus predecesores los Cartagineses, se hicieron también dueños de las islas del mar Tirreno, Córcega, Cerdeña y Baleares. Su reinado, que sólo había de durar un siglo, fué, de todos los que hizo nacer la emigración de los pueblos, el más atrevido fuera de su medio natural, y, por consiguiente, el que al desaparecer había de dejar menos huellas.

Los Ostrogodos, que tuvieron que sufrir el primero y terrible choque de los Hunos, cuando éstos se fraguaron un paso entre el Báltico y el Ponto Euxino, no fueron tan móviles como el pueblo de los Vándalos en su desplazamiento hacia el Oeste. Los que entre ellos no se vieron forzados á acompañar á sus vencedores hacia la matanza de Chalons ó no se habían dispersado entre otros pueblos con carácter de fugitivos ó de aliados, lograron acantonarse en la Panonia, región muy fácil de defender, que rodea al Norte y al Este la gran curva del Danubio entre Vindobona y Singidunum, — Viena y Belgrado, — y que atraviesan los ríos Drave y Save, salidos de los Alpes y de sus prolongaciones ilíricas. En esa fuerte posición estratégica, muy amenazadora á la vez para el imperio bizantino y para lo que quedaba del imperio de Roma, los Ostrogodos podían esperar la ocasión de tomar nuevamente la ofensiva. Los Gépidos y los Hérulos, que también habían pertenecido á la confederación de los Godos y que tomaron partes diversas en la invasión del mundo romano, estaban sólidamente establecidos en la vecindad, los Gépidos al oriente del Danubio, en las comarcas llamadas hoy Alfeld, Transilvania y Valaquia, los Hérulos en el hemisiciclo septentrional de los Carpatos. Pero esos pueblos inquietos no esperaban, como los Ostrogodos, sino el momento de lanzarse contra las ricas ciudades del Mediodía, llenas de botín.

En cuanto á los Visigodos, esos bárbaros que habían estado el mayor tiempo en contacto con los civilizados de las comarcas medi-

terráneas, debían á sus invasiones hasta en Tracia, en Grecia, en Iliria y en Italia, comenzadas desde los tiempos de los Antoninos, una notable dulcificación de sus costumbres, al mismo tiempo que la adquisición parcial de las industrias y de las ciencias del mundo romano: destructores de la Ciudad Eterna, tuvieron la ambición de continuar su obra. Un rey de los Visigodos, Atilfo, que llegó á ser cuñado del emperador Honorio, se puso también á la cabeza de sus ejércitos para reconstituir el imperio de Occidente. Los Visigodos, en nombre de Roma, reconquistaron en efecto Provenza, la Narbonense, Aquitania y España, y pronto después de su triunfo sobre Atila, bajo el reinado de Eurico, constituyeron un reino grandísimo que se extendía desde el curso del Loira hasta las columnas de Hércules, que les pertenecía en perfecta propiedad, á pesar del señorío aparente de Roma: únicamente los Suevos lograron, durante algunas décadas, conservar su independencia contra los Visigodos en la Iberia oriental. El ideal de romanización era tan vivo y sincero en los reyes de los Godos, que habían hecho recopilar las



Museo de Cluny.

Cl. Giraudon.

CORONAS DE ORO DE LOS REYES VISIGODOS  
SIGLO VII

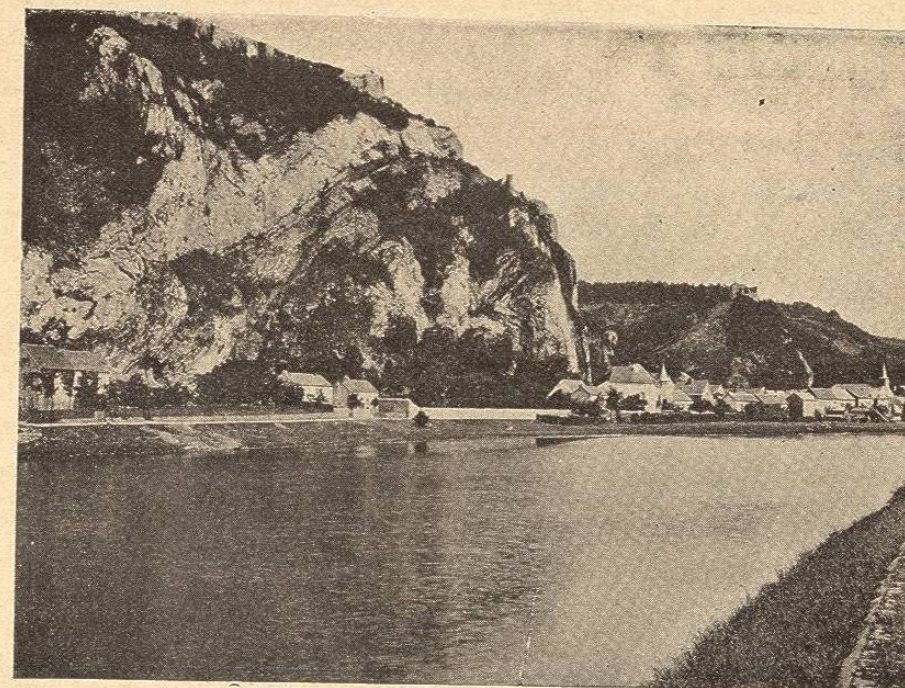


leyes romanas para gobernar á sus súbditos según el ejemplo del imperio vencido, y tal había sido su celo ignorante, que conservaron en ese código (*Lex Romana Wisigothorum*) unas disposiciones injuriosas para sí mismos. Puede citarse, entre otras, la «ley Honorio», que prohibía el matrimonio entre Romanos y Bárbaros<sup>1</sup>.

También los Burgondios, que ocupaban entonces la cuenca del Ródano, desde el Oberland hasta la Camarga, se acomodaron lo mejor posible á las exigencias de la majestad romana. Después del exodo más de dos veces secular y cortado por batallas y matanzas, que les condujo á las orillas del Vístula y á las del Rin, acogieron con alegría la fortuna de poder entrar pacíficamente en su nuevo territorio, respetando, conforme á la justicia, los intereses establecidos. Por mucha prisa que sintieran las tribus germanas de hacer que mugiera su grito de guerra en el hueco de sus escudos, preferían, sin embargo, siguiendo la ley del menor esfuerzo, recibir gratuitamente tierras en cambio de un homenaje pronunciado con los labios. En cuanto á los Alamanes ó Alemannen, «gentes de toda raza» que impulsaban los Burgondios y se establecieron en el valle del Rin, al sud del Main y del Mosela, no se habían hecho conceder esas tierras por la munificencia de Roma, sino que las debían al hierro de sus espadas.

Los Francos, que en la sucesión de las edades dieron á las Galias el nombre de «Francia» y á los Galos el de «Franceses», no ocupaban á la mitad del siglo V más que una ínfima parte del territorio actualmente así denominado. Eran dueños de las comarcas que atraviesan el Rin, el Mosa y el Escalda en su curso inferior, y penetraban al Sud en el país que fué después el Artois. Durante la segunda mitad del siglo III las poblaciones residentes de la Bélgica actual habían visto esas bandas germánicas aparecer al oeste del Mosa; la primera mención que de ellas hace la historia data del año 240. El emperador Maximino, rodeado de diversos lados por enemigos, recurrió al medio usual concediendo á los Francos, convertidos en colonos militares, las partes no cultivadas del país de los Morins y de los Menapios; la germanización se hizo hasta la

<sup>1</sup> Godefroid Kurth, *Les Origines de la Civilisation moderne*, I, p. 338.



VALLE DEL MOSA EN LAS INMEDIACIONES DE NAMUR

De una fotografía.

En nuestros días el Mosa está canalizado, una vía férrea y dos caminos siguen su curso, pero en la época de los movimientos de los Francos, era difícil el paso al pie de esas rocas, cuya doble línea se extiende más de cien kilómetros, desde Mezières á Lieja. El río separaba el bosque Charbonnière del de los Ardenes.

proximidad de Boulogne<sup>1</sup>, pero la costa no tenía entonces el dibujo que nos es familiar y que no recibió hasta el siglo X: seiscientos años antes, el agua del mar, destruyendo las antiguas colonias belgo-romanas, había invadido las tierras bajas desde Brujas á Dunkerque<sup>2</sup>. También Juliano permitió á los Salios vencidos establecerse en las soledades de la Toxandria, la Campine actual; pero esos nuevos súbditos de Roma eran de carácter instable, y cuando, al principio del siglo V, las legiones romanas abandonaron Bélgica para ir á defender Italia contra la invasión bárbara, los Francos siguieron el movimiento en la dirección del Sud. Su camino está todavía claramente indicado en nuestros días por la frontera de las lenguas flamenca

<sup>1</sup> H. Pirenne, *Histoire de Belgique*, t. I, p. 9.

<sup>2</sup> A. Rutot, *Esquisse d'une comparaison des couches pliocènes... de la Belgique... et du sud-est de l'Angleterre*, Brux. Soc. belge de Géolog., 1903.



y walona, y esa misma frontera estaba determinada por las condiciones físicas de la comarca. El bosque «Charbonnière», que prolongaba al Oeste la gran selva de los Ardenes, y del cual el bosque de Soignes, cerca de Bruselas, y el parque de esta ciudad son escasos restos, contenía á los invasores y les obligaba á caminar hacia Occidente: la «muralla de bosque» permaneció mucho tiempo infranqueable; los pasos se hicieron poco á poco á lo largo de los ríos y de los arroyos durante el transcurso de la Edad Media; hasta la mitad del siglo IX el bosque conservó su carácter de límite natural, ya mencionado en la ley sálica<sup>1</sup>. Al Norte se hallaban los guerreros y colonos germánicos; al Sud, los claros y los valles estaban ocupados por los Celtas Wala, antepasados directos de los Walones.

El empuje de la invasión franca se hizo primeramente de una manera muy pacífica con el asentimiento de los Romanos, quienes á pesar de ello no hubieran podido impedirla. De esa primera época datan la mayor parte de las villas flamencas cuyos nombres, terminados en *hem*, *ghem* ó en *ingem* — quizá esta última forma es más bien debida á los Alamanes, — el *heim* germánico, recuerdan todavía los fundadores francos. Gracias á ese sufijo de los nombres de lugares, pueden seguirse fácilmente las huellas de las emigraciones de los Francos desde las bocas del Escalda hasta las colinas del Bolonesado: las palabras indican el paso de los guerreros cultivadores que sientan solemnemente la piedra del hogar<sup>2</sup>. A la mitad del siglo V el romano Aecio, que todavía gobernaba una provincia gala al norte del Imperio virtualmente difunto, vino á colocarse á través de las olas humanas para defender contra ellas la alta cuenca del Escalda. Entonces hubo de producirse un choque violento: de pacífica, la invasión franca se hizo militar, bajo la dirección de Chlodío — Clodión, — el primer rey de los Francos cuyo nombre queda fijo en la historia con certidumbre. La solidez de las tropas disciplinadas le retuvo al norte del Somma, pero esperaba la ocasión de dirigirse á los campos que fueron después la «isla de Francia». Ciertamente los Francos no penetraron en las Galias «para libertar allí á los Galos del yugo de los Romanos», como imaginaba toda una escuela histó-

<sup>1</sup> H. Pirenne, *Histoire de Belgique*, t. I, ps. 10 á 13.

<sup>2</sup> Godefroid Kurth, *Origines de la Civilisation moderne*, t. II, p. 59.

rica en el siglo XVIII<sup>1</sup>; venían como dueños para substituir á otros dueños, y el nuevo régimen había de ser más duro aún que el antiguo. Como Freret lo dejó sentado hace ya mucho tiempo, el nombre de «Franks» no significa en modo alguno «Hombres libres», como lo ha hecho entender el falso patriotismo de ciertos escritores franceses; en los documentos originales *frek*, *frak*, *frank*, *vrang*, según los diferentes dialectos, responde á la palabra latina *ferox*, de la cual tiene todos los significados, favorables y desfavorables, «noble, intrépido, orgulloso, cruel».

Detrás de los pueblos germanos que pesaban sobre la frontera del mundo romano ó que ya la habían franqueado, Ostrogodos y Visigodos, Suevos y Vándalos, Burgondios, Alemannen y Francos, se presentaban otros pueblos, ávidos de precipitarse al botín; tales eran los Longobarden ó Lombardos, los «Largas Barbas» ó «Largas Hachas», que durante el siglo siguiente habían de tomar una gran parte en la repartición de lo que fué el Imperio; pero en la época de Atila vivían aún

sobre las fuentes del Oder, separadas por montañas y bosques del antiguo mundo ecuménico. En cuanto á las tribus germanas que ocupaban las orillas del mar, se ponían en movimiento para ir á la conquista de nuevos territorios al lado opuesto de las olas. Los



Museo de Artillería.

GUERRERO FRANCO

<sup>1</sup> Augustin Thierry, *Considérations sur l'Histoire de France*, c. II.